

Bajo Palabra. Segunda época

Alfonso BERROCAL

Universidad Autónoma de Madrid

Recibido: 26/09/2005
Aprobado: 03/11/2005

«Yo soy un pequeño filósofo; yo tengo una cajita de plata de fino y oloroso polvo de tabaco, un sombrero grande de copa, y un paraguas de seda roja con recia armadura de ballena». Así se disponía Azorín (José Luís Mora incluía *La voluntad* en las lecturas del curso) a evocar sus años escolares y más o menos una evocación pretende ser esta nota.

Uno es de donde estudia el bachillerato, ha dicho alguien, pero los de *Bajo palabra*, Enrique López Martín, Antonio Fraguas y yo éramos de la Autónoma, si no pequeños filósofos al menos íbamos a un Congreso que se decía de jóvenes de lo mismo, el sombrero de copa diré luego para qué es, y el paraguas, el mismo que seguimos echando en falta los días de lluvia. Corría el año 98 o 99 –hablo de los últimos números– éramos, pues, finiseculares pero sin esperar más conmociones que la licenciatura o el futuro. Habíamos visto ya el triunfo del idealismo alemán y el doblete del Atlético –el director, Enrique, era rojiblanco y por tanto estoico– y la crisis de las ciencias del espíritu nos sobrevino en el modo de la reforma de la anterior reforma de las Enseñanzas Medias que pretendía suprimir la filosofía de los planes de estudio cuando ya presentíamos nuestra foto en la orla. Se comprende pues que estuviéramos más cerca de Kafka que del seguro método cartesiano y

que por ello la revista presumiera más de literaria que de filosófica.

El nº 5, –del que no puedo ocultar mi predilección– con el título *El boxeador* ofrecía esta metáfora de la derrota y el fracaso, con artículos sobre Arthur Cravan, púgil y poeta dadaísta, comentarios al libro de *Neutral Corner* de Aldecoa y estampas de *toro salvaje* se completaban con una entrevista a Julio Quesada y alguna hierba más que no podría precisar. El siguiente número, acaso más maduro, fue el monográfico u homenaje a María Zambrano, ejercicios de admiración, porvenir de trabajo y de algún modo broche de la despedida. No hago referencia a los primeros números, época libelista de *Bajo palabra*, pero sí al amor que puso todo el mundo. Como la tarde que sirve de fondo a una fotografía o el gesto de poner una flor en un libro, *Bajo palabra* era algo que ya habitaba entre el recuerdo y el olvido. Un día José Antonio Vázquez Valencia se propuso empezarla de nuevo, gracias. La revista siempre estaba empezando y todos los números que no hicimos, proyectados al modo del discurrir platónico y español quedaron en las conversaciones del bar que ya no existe en el segundo piso de la facultad, nuestra sede social las más veces.

Bajo palabra vuelve a los de la Autónoma, uno es de donde empieza a escribir, así que ni acta notarial de herencia ni huecos mejores deseos, Antonio y Enrique siempre pasaban los apuntes y ambos gestos de algún modo se parecen. Vuelve esta revista nuestra y vuestra con contenidos de pensamiento español, filosofía de la ciencia, y filosofía sin adjetivos, Kant, Platón, e incluso creo Sartre (Mousier Camus le manda saludos) a cargo de Pepa Tebar, Gonzalo Torres, Mario Santos, Jesús López y el propio José Antonio. Y todos ellos con voluntad de dejar leer, tal vez, primeros trabajos. La letra de molde es una intemperie con la promesa de una breve hospitalidad.

Quizá a estos compañeros se les olvide el paraguas también, pero sí es seguro que en su exposición está todo su compromiso. Me guardaba el sombrero de copa, para saludar al modo gentil, camino de la Biblioteca o de cualquier parte, este recuerdo que vuelve y esta revista que empieza. Y saludar a los que escriben en esta revista *nuestra* con el propósito de toda comunidad (verso de un querido poeta): «Las estrellas para quien las trabaja».